

hasta noviembre: su influencia estaba disminuida por este retardo de siete meses, y por las enojosas sospechas que cernía sobre su ortodoxia la ausencia de nueve de ellos que al parecer habían abrazado el protestantismo (1). El vanidoso cardenal de Lorena creyó haber levantado su prestigio con un discurso pronunciado diez días después de su llegada, cuya noticia envió al condestable con mucha complacencia. «Les dirigí, dice, un discursito al que contestaron en términos muy convenientes... Me parece hallar en todos muy buena voluntad de tomar una resolución y muy pronto sobre los negocios de la religión (2). Poseemos esta oración (3), que ofrece un conjunto bastante gracioso de retazos tomados de varios autores antiguos:—«*Hinc illæ lachrimæ, bella intestina, ac plus quam civilia;—luctus ubique, ubique dolor et plurima mortis imago;—fisque via vi;—sed in nostra viscera quantumcunque victrix dextra sit ferrum convertitur et fit lamentabile regnum.*» Esta forjadura en frío de fragmentos antiguos no debió conmover á los Padres hasta el punto de determinarlos á aquella resolución que no debía, en todo caso, cambiar su género de vida. Los procedimientos de conciliación que proponían los obispos de Francia de acuerdo con los de Alemania, eran el matrimonio de los sacerdotes y la comunión bajo las dos especies. Ningun medio más seguro para destruir la herejía y restablecer la autoridad de la Iglesia, escribía el archiduque Carlos de Austria (4), como mantener en el sacerdocio á los que han contraído un matrimonio legítimo, y aún admitir en él laicos casados, como sean piadosos, sabios y honrados.

Pero la muerte del duque de Guisa dejó al cardenal de Lorena sin apoyo en Francia: entregóse á Felipe II, abandonó los proyectos que había preparado y votó con los obispos españoles. Los preladados franceses y alemanes, traicionados por este jefe, abandonaron el concilio: al cabo de un año, sólo quedaban seis franceses. Entonces se votaron las decisiones que dictaba Felipe II, dirigidas en general contra las pro-

artículo de residencia, sobre el cual muchos habían hecho mención de que fuere de jure divino... y luego comenzó á aver un desasosiego entre todos como si dixeran que estaba un campo de luteranos á diez millas de Trento.»

(1) Eran estos los obispos de Valence, Beauvais, Aix, Pamiers, Lescar, Oloron, Uzès, Dax, Troyes. Fueron citados por la Inquisición romana, pero Carlos IX declaró abusión la citación. Véase Ms. Biblioteca nac. Gaignières, vol. 341, pág. 223.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3157, fol. 124, del 24 nov. 1562.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1527, pieza 4, discursos del 23 nov. 1562.

(4) Ms. Arch. nac., K. 1710, pieza 37, el archiduque Carlos al papa, 30 nov. 1564.

posiciones que había defendido siempre el clero de Francia. Con esto supo Felipe hacer que redundara en su provecho el concilio que por tanto tiempo había espantado su política; pero las dificultades comenzaron para él tan luégo como los Padres se separaron, teniendo que imponer su política religiosa al Papa y al clero francés. Con el Padre Santo las relaciones eran siempre tirantes; en Madrid tuvo el nuncio que dar un mentís al inquisidor general (5) que inculpaba al Papa de favorecer á los herejes.... «Su Santidad, como todo el sacro colegio, tiene ojeriza contra los que manejan esa Inquisición, de la cual abusan de tal manera, á lo que dicen los ministros de Su Santidad, que de muy buena gana emprenderían una información universal con poca reverencia á sus superiores.»

VI.—Los católicos de Francia vigilados como herejes

No era el espíritu de la Reforma lo que Felipe II intentaba combatir en Francia, sino el sentimiento conservador de las antiguas tradiciones religiosas, la resistencia á una revolución en el gobierno de la Iglesia. El canciller Lospital prohibió la introducción en Francia de los anatemas pronunciados por el concilio, y el parlamento de París los condenó por contener «muchas cosas atentatorias á los derechos del rey y á los privilegios de la Iglesia galicana» (6). La corte inquietó á España con su buena fe en la aplicación del tratado con los hugonotes. El descontento de Felipe no tardó mucho en revelarse en una nota bastante alta. El rey de España extrañaba que se hubiera dado el grado de coronel al señor Andelot, que había sido uno de los principales jefes de las últimas turbulencias y fautor de rebelión; añadiendo que la reina debía haberse abstenido de ello por el grande escándalo que se daba en contra de su reputación. No estaba ménos asombrado Felipe de que la reina permitiera al príncipe de Condé hacer predicar su religión en la misma casa del rey. Catalina procuró suavizar esta acritud con cartas muy afectuosas, aunque no sinceras, que Felipe no dejó nunca de hacer traducir, ni de anotar de su puño y letra. En una de las cartas de esta época, probablemente para contestar á esta reflexión de Felipe: «No puedo dexar de estar con mu-

(5) Ms. Bibl. nac., 16103, t. 39, el obispo de Limoges á Catalina.

(6) El obispo de Orleans al de Rennes, carta publicada por *El Laboureur*, Adiciones á Castelnau, tom. II, pág. 338.

(7) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3161, fol. 144, Saint Sulpice á la reina, julio de 1563.

cho cuydado por ver cerca del Rey mi hermano personas que en la edad en que está le podrían dañar» (1); declara Catalina «El almirante Coligny no está cerca de nosotros; si viene, estará aquí como si estuviera muerto; porque con la ayuda de Dios, no me dejaré gobernar por nadie (2)» frase que se ha considerado por las personas de imaginación fecunda como una amenaza de muerte para el almirante. Muy al contrario, el rey Carlos IX lisonjeaba á Coligny, y aún iba á despertarle á su misma cama para darle los Inocentes, según el uso del país (3). Francia se le representa á Felipe II como *entregada al demonio, endemoniada*; toda la nación le parecía criminal (4); la corte mantenía relaciones que apenas podían creer; pues según sus noticias había enviado cerca del Gran Turco á un tal Bourg, pariente del consejero que fué quemado por hereje.

Estas quisquillas perpétuas y este tono de compasión desdeñosa le tentaban la paciencia á una mujer tan celosa de su autoridad como Catalina, que había dirigido ya á su hija hartas quejas contra Chantonay que «quiere mezclarse en todos nuestros negocios, ver mal en todas mis acciones y mortificarme. A ver si hay ocasión de destituirlo» (5). Con esto estaba Felipe reducido á emplear al nuncio de Su Santidad cerca de Catalina, cuando necesitaba algún servicio importante: por este conducto hubo de solicitar de la reina que no enviara ningún auxilio á los Países Bajos, á los primeros disgustos que le dieron (6). Catalina aprovechó esta ocasión para tomar el desquite del enojoso apoyo que había tenido ella que implorar, mostrando á su yerno que se hallaba ya en estado de socorrer y servir con sus fuerzas á sus amigos necesitados de ellas (7).

Catalina insistió, ofreciendo á Felipe por medio de su embajador suficientes auxilios para la consolidación de la obediencia en los Países Bajos (8). Mortificado el rey de España con tal y tanta solicitud, contestó que no pensaba hacer allá ningún movimiento y que las cosas pasarían

(1) Ms. Arch. nac. K. 1501, n.º 46, enero 1564.

(2) No he visto el texto original, sino sólo la traducción en español, anotada por Felipe II, Ms. Arch. nac. K. 1501, n.º 74.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1501, Chantonay al rey. «Este rey hace muy buena cara al almirante y le favorece, burla con él ó anda á buscarle y Andelot en su cama con achaque de darle los Inocentes á la manera de acá.»

(4) *Ibid.*, pieza 55.

(5) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 875.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1500, pieza clasificada con la nota *primer semestre de 1563*.

(7) *Ibid.* 1501, pieza 19.

(8) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 4.

buenamente; pero, á lo ménos, pudo obtener Catalina el reemplazo de Chantonay, y se dió prisa en expresar á su yerno la gratitud que le debía por haberse servido separar al señor de Chantonay y enviar á D. Francés de Alava, esperando que, siendo éste hombre de bien y sin pasión particular, cumpliría con su deber «y V. M. conocerá más y más el amor y afecto que el rey vuestro hermano, y yo os tenemos» (9).

Era un júbilo engañoso: el importuno Chantonay permaneció todavía muchas semanas cerca de Catalina para iniciar á su sucesor en los misterios del inmenso espionaje que había organizado en Francia y en Flandes. D. Francés de Alava poseía aptitudes especiales para perfeccionar aún la máquina, y mereció el honor de que su amo le manifestara bondadosamente su compasión por el grandísimo trabajo que se tomaba en avisarle de hora en hora todo lo que se hacía y decía en Francia (10).

Los espías que empleaba eran numerosos y no costaban mucho: por trescientos escudos anuales se tenía una persona de la corte, fiel y bien enterada (11); no se han perdido todos los relatos (12); pero lo que da mejor idea de esta notable organización es la voluminosa correspondencia dirigida tres veces por semana ordinariamente á Felipe II. El estilo es difuso, la malevolencia crédula; pero la riqueza de detalles y la prontitud de los informes honran á los que dirigían la agencia. ¿Cómo supo Felipe II, por ejemplo, cuando el Havre no nos pertenecía aún, que preparaba Catalina ya un tratado de paz con la reina de Inglaterra?

«La reina madre ha salido esta mañana, escribe Chantonay (13), á pasearse por un jardín que llaman las Tullerías, fuera de la ciudad, al extremo del Louvre, cerca del río. Allí se metió furtivamente en un coche con una dama y dos ó tres palaciegos y se hizo conducir al monasterio de *Bonshommes*: hubo de encontrar en él á alguien con quien habló en secreto largamente y según me han dicho, era éste Trockmorton, embajador inglés, á quien se había hecho venir desde San German, donde está preso.»

Felipe sabe hacer provechosas estas observaciones á aquellos á quienes interesan, y establece correspondencia directa entre su embajador en París y la duquesa de Parma, regenta de los

(9) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 16.

(10) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10751, fol. 1460, Forquevaux á la reina.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 44.

(12) *Ibid.* K. 1500, pieza 84.

(13) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 34, del 16 de enero de 1564.

Países Bajos (1). Pero las noticias que comunicaba con más gusto, las que anota de su puño y letra con escrupulosa atención en este fárrago, son los pormenores dados sobre la conducta de los españoles que viajan por Francia, sobre sus conversaciones imprudentes y sus negligencias en sus deberes religiosos. «Háblese de ello al arzobispo de Sevilla,» pone al margen Felipe II (2).

Además del espionaje dirigido por el embajador, hay el sistema de los informes voluntarios que se obtienen fuera de su acción, y la organización de los partidarios de España, establecida, sin su intervención, por medio de una correspondencia directa entre Montluc y Felipe II.

Los informes voluntarios afluyen de todas partes. Ora procedían de una joven, que se dice antigua favorita de Enrique II, Nicolasa de Savigny, la cual se queja de las *grandes crueldades* que le ha hecho sufrir Catalina de Médicis, no sólo por haber hecho que la robaran y le dieran quinientos azotes, sino también por haber llevado su implacable odio hasta el punto de no reconocer á un hijo que el difunto rey Enrique tuvo de ella. Los datos que suministra al cardenal Granvela son bastante pobres, mas no por eso deja el mismo prelado de invitarla á que los continúe. Este la consuela y la excita á dar á conocer su buena voluntad al rey y á la duquesa de Parma, que no son ingratos, dice, á lo que se hace por ellos (3). Otras veces eran los viajeros los que sonsacaban á sus huéspedes, confiados ó locuaces; y después se congraciaban, esperando de este modo agradar al amo. Así se ve á Simon Renard, el antiguo consejero de Felipe II en Lóndres que, habiendo caído en desgracia, atraviesa toda Francia recogiendo observaciones para dar cuenta de ellas á Madrid (4). Hasta los ministros extranjeros saben que una revelación de lo que pasa en Francia es la más grata lisonja que puede hacerse á Felipe II.—«He sido nombrado cardenal, escribe Santa Croce, el nuncio del papa en París (5): Vuestra Majestad Católica es quien me ha dado el capelo, que obtengo sólo por haber estado á vuestro servicio.»

(1) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 30. «He mandado que tenga especial cuidado de avisaros de lo que ocurriere... será bien que hagáis que se tenga con él la misma correspondencia...»

(2) Era Valdés, el inquisidor general. Esta nota es muy frecuente. Basta citar por ejemplo, K. 1503, pieza 46, del 7 febr. 1565.

(3) Papeles de Estado de Granvela, tom. VIII, pág. 20 y siguientes.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 49, nov. 1564.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1503, pieza 61, Santa Croce á Felipe II, del 1.º abril 1565.

El antiguo jefe de nuestra gente de á pié, el que la había mandado en nuestras guerras de Italia y de Francia, el que había defendido á Siena, dirigido el asalto de Thionville, ganado sobre los hugonotes la victoria de Vergt, Blas de Montluc, el verdadero creador de la infantería francesa, se sentía muy agraviado por no haber obtenido más que el gobierno de Guyena, en vez del baston de mariscal que se había dado á Vieilleville, ó del grado de coronel general que se había restituido á Andelot; y por haberle obligado Catalina á dirigir una carta de disculpas á Juana de Albret, después de haber procurado desposeerla del Bearn durante la guerra civil (6). Era este un gascon valiente, jactancioso y vano. «De mí sé decir, exclamaba, que si pudiera llamar á todos los espíritus infernales para romperle la cabeza al enemigo que quiere rompérmela á mí, lo haría de muy buena gana, Dios me lo perdone (7).»

Apeló á Felipe II y no podríamos perdonarlo por nuestra parte: dejóse prender en una red de intrigas tan inútiles para España, como deshonrosas para sí mismo.

A fines de 1563, ántes de la toma del Havre dirigió la primera Memoria al rey de España sobre la necesidad de su intervención en Francia y sobre los peligros de la política de Catalina «que va á perder enteramente nuestra religión» (8). Después sintió algún remordimiento y ofreció su dimisión de gobernador de Guyena (9). Pero luégo al punto, engañado por los artificios de dos españoles que Felipe II había acreditado cerca de él, Juan y Felipe Bardaxi, dirigió al rey de España segunda Memoria proponiéndole una liga de príncipes católicos contra el rey de Francia, al cual anunciarían, ántes de invadir el país, que habían deliberado mantener en el reino los decretos del concilio (10). Felipe se apresuró á contestarle (11) que había recibido y apreciaba mucho su carta del 8 de enero, y encargaba á Juan Bardaxi que le hiciera conocer sus intenciones. Daba bastante importancia á estas relaciones para escribir en las cartas de Montluc (12): «No puedo comprenderlo todo; he de menester una traducción en castellano.» Pero las palabras de

(6) Ms. Arch. nac. K. 1499, pieza 79.

(7) Montluc, *Comentarios*, ed. de Ruble, tom. I, pág. 143.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 9.

(9) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3242, fol. 118, Montluc á Damville.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1501, piezas 9 y 10.

(11) *Ibid.* pieza 49.

(12) *Ibid.* pieza 10.

verdadero compromiso no estaban inscritas en estas cartas; eran sonsacadas al gascon por el astuto Bardaxi en conversaciones cuya reseña exacta recibía Felipe II: «Francia está perdida, decía Montluc; cada día empeora su situación, y si el rey de España no pone la mano en el reino (1), ántes de un año será hereje el rey de Francia. El rey de España, añadía, está obligado á poner remedio en esto, ya que está casado con la hermana del rey de Francia cuyo reino puede tocarle por herencia. Está á mi lado toda la nobleza de Gascuña, parte de la de Bearn y de la Guyena. La primera medida sería forzar al rey de Francia á entrar en guerra contra la princesa de Bearn. Conviene desconfiar del embajador en España: es un hereje, y no se enviará nunca otro que no sea igualmente hereje.»

Quisiéramos poner en duda la sinceridad de este resumen de conversaciones hecho por Bardaxi, pero no es posible, porque Montluc, al enviar á este Bardaxi, tiene buen cuidado de escribir á Felipe II diciéndole: «Suplico á Vuestra Majestad se sirva creer lo que os diga de mi parte» (2). Los ofrecimientos de servicio eran tan precisos que el rey de España dictó instrucciones para organizar á las órdenes de Montluc sus partidarios en el Mediodía de Francia y envió de nuevo al mismo Bardaxi con estas órdenes (3): «Saber de ellos las fuerzas con que ellos se hallan para este negocio, asy de amigos como de plazas... qué fuerzas les parezca será menester que S. M. crezca á las suyas para que sean bastantes para hacer el efecto que se pretende y en qué tiempo y sazón y por dónde se pueden y deven emplear, pues lo uno y lo otro ellos como personas que tienen tan gran noticia de las cosas de aquel reyno lo pueden y deven saber mejor que nadie. Que miren como se deve emprender el remedio destas cosas, porque emprendiéndose á título de religión sería levantar los ecos de todos los desviados asy en Alemania como en otras partes en favor de los Ugonotes de Francia y malos consejeros del rey Christianísimo y las fuerzas que estos ternían serían tan grandes que se dubda huviese otras que les pudiesen ygualar. Y pudiendo tomar al enemigo con ventaja, ningun hombre cuerdo querrá dalle lugar á que la tome él. Y sería en lugar de remediar lo que pretendemos, ponello en aventura de

(1) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 47, febr. 1564.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 42, del 8 febr. 1564.

(3) *Ibid.* K. 1505, pieza 22, del 26 set. 1564.

perdello más presto. Que ellos han de confiar de S. M. Católica y creer que no pretende otra ninguna cosa que el bien de la religión... Y particularmente deven ellos mirar si para el tiempo que esto se huviese de poner en ejecución (4) serían bastantes ó ternían modo para apoderarse de la persona del rey para que con su autoridad y nombre se pudiese seguir el negocio y acaballe con el ayuda de Dios... Abiendo forzosamente de retirarse de Francia la persona con quien esto se trata y las otras de calidad, S. M. los admitirá en sus reynos y estados y les hará la merced y tratamiento que conviene hacer á tales personajes, de manera que ellos entiendan que ántes son gratificados que perdidos.»

Esta perspectiva de una emigración á merced de los españoles, á quienes había combatido toda su vida, hubo, al parecer, de enfriar, más bien que tranquilizar á Montluc. Por otra parte, había intentado en vano empeñar en su conspiración á Montmorency-Damville, gobernador del Languedoc, y estaba obligado á decir á los españoles: No soy de parecer por ahora de advertirlo de nada (5). Temía también que Catalina tomara en serio su dimisión de gobernador de Guyena. Gustaba de quejarse de la reina, diciendo que no hacía caso de él, pues lejos de dispensarle favor, no le hacía siquiera la justicia de recompensarle sus servicios (6); pero no ignoraba que la reina sabía muy bien que se había hecho él mismo la justicia por su mano y áun algo más que justicia. «Así... él, que ántes no tenía grandes rentas, se halló al cabo de la guerra civil con cien mil escudos en su arca» (7).

Catalina le dejaba entrever además que estaba dispuesta á admitir su dimisión y á reemplazarlo por el mariscal de Bourdillon. Y aquí se presenta un episodio gracioso: el embajador de España en París que no estaba al tanto de estas relaciones secretas entre su amo y Montluc, veía con extrañeza la inquietud de Catalina que le preocupaba á su vez: no husmeaba la conspiración sino por la sospecha que de ella tenían aquellos contra quienes se dirigía (8); tardaba en comprender el papel de Bardaxi: ¡A cuestras llevo á este hombre! exclamaba. Pero muy lué-

(4) Todo este negocio es manejado por el secretario D. Juan Vargas que sigue las instrucciones del rey.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 15, del 27 mayo 1564.

(6) *Ibid.* K. 1501, pieza 9.

(7) Brantome, ed. Buchon, pág. 363.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1501. D. Francés de Alava, del 7 marzo de 1564.

go le explica Bardaxi cuál es la clave para abrir la puerta de Montluc; y al parecer tiene ciertos secretos con los cuales puede perderlo cuando quiera (1).

Pero mientras el embajador español, ignorante de lo que se tramaba, adivinaba, aunque algo tarde, los proyectos de Felipe II, el mismo Felipe Bardaxi tenía que implorar su protección; porque, detalle no menos singular, este aventurero, á quien habían elegido como mandatario los católicos de Guyena, había sido condenado á muerte en España por hereje, ejecutado en efigie y perseguido por los familiares del Santo Oficio. La persecucion habia comenzado contra él hacia más de seis años (2); se le acusaba de haber pronunciado estas palabras:—No creo en Dios; reniego de Dios; Dios no estima las bulas del Papa ni más ni menos que si estuvieran escritas por un loco.—Además habia pasado ocho ó diez años sin ir á confesar. Pero la Inquisicion tenía una queja más grave contra él: que habia tenido la temeridad de defenderse contra sus esbirros, poniéndolos en fuga y evadiéndose de sus manos. Emigrado en Francia, figuró en estatua en el auto de fe de Zaragoza del 28 de octubre de 1563. Felipe II, á instancia de Montluc y de uno de sus cómplices, el señor Bellegarde, con cuya sobrina se habia casado el Bardaxi durante su mision en Francia (3), hubo de recomendarlo al inquisidor general; sin duda tenía extraordinaria confianza en el resultado de sus intrigas en Guyena, cuando dió este paso, único quizá en toda su vida (4). Con su docilidad ordinaria á la autoridad real, consintió la Inquisicion en revisar la causa. Felipe Bardaxi fué á constituirse en prision, y absuelto, pudo volver á ayudar á Montluc, dándole informes sobre todo lo que pudiera servir á los intereses de España (5).

El otro Bardaxi hubo de temer tambien tener que defenderse, no contra los familiares de la Inquisicion, sino contra los arqueros del rey de Francia, cuando Montluc le anunció (6) que la malicia de los *belitres* los habia denunciado. El senescal de Quercy, Francisco Séguier de la Gravière, y el vizconde de Bourniquel habian enviado á la corte á Rapin Toiras, porta-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1501. Carta de D. Francés de Alava del 7 marzo 1564.

(2) Desde 1558. Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 41.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1507, piezas 47 á 118.

(4) *Ibid.* K. 1505, pieza 42.

(5) *Ibid.* K. 1506, pieza 88.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 11.

dor de una Memoria circunstanciada acerca de los manejos de Montluc y sus adeptos. Pero Montluc no perdió su presencia de ánimo y escribió altivamente (7): «Todos los que han dicho que yo he dicho ó escrito algo contra el servicio del rey ó de la reina, han mentido; los que han dicho ó escrito que estoy en inteligencias con el rey de España contra el servicio del rey, mi señor, y que el cardenal de Armaignac, de Terride, de Gondrin, de Mirepoix, de Négrepont y yo hemos hecho liga juntos y estamos resueltos á entregar el dicho país de Guyena en manos del rey de España, han mentido; los que han dicho que yo he estado en Granada (del Ardour) para conferenciar con un personaje de España, han mentido...» Y el mentís continúa con este descaro; pero Montluc tiene buen cuidado de evitar, á partir de este momento, las entrevistas de día con los Bardaxi, «temiendo hacerse sospechoso de los malvados,» y hace avisar al prior, cuñado del duque de Alba, que no envíe más á Domingon por ser un hombre que todos tomarian más bien por espía que por otra cosa. «Y aunque yo lo tenga por hombre de bien, ántes pensarían de él mal que bien (8).»

No es menos fanfarron cuando se presenta á la reina madre en su viaje á Tolosa: aparece ante ella engalanado con plumas de color mismo que su caballo, como para una justa (9); le hace la corte al embajador D. Francés de Alava, le dice que quiere servir á Felipe II en su primera campaña en Africa, y luégo, llamándolo aparte, añade en voz baja: «Creo que no hay ya nada que hacer en este país; la religion sucumbe, y pues que place al rey católico dejarla sucumbir, quiero partir contra los moros, mientras mi hijo irá á descubrir nuevas tierras á las Indias (10). Catalina fingió ignorar estos manejos y procuró utilizarlos en sus propios proyectos.

VIII.—La reina de Navarra protegida por Catalina

Hacia mucho tiempo que Catalina deseaba entablar en Navarra relaciones semejantes á las que Felipe II mantenía en la Guyena, y comenzó por frustrar las tentativas de su yerno sobre el Bearn.

(7) El original está en Ms. Bibl. nac. franc. f. Saint Germain, volumen 689, 9 fol. 113; la copia enviada por Montluc al rey de España está archiv. Arch. nac. K. 1501, pieza 3, y la traduccion en español, *Ibid.* K. 1505, pieza 11.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 23.

(9) *Ibid.* K. 1503, pieza 23.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1503, pieza 35. En estos legajos hay muchas cartas de Montluc que no se comprendieron en la primera publicacion de su correspondencia. Una de estas cartas á Bardaxi (1505, pieza 23) anotada por Felipe II, dice: «Os ruego no lleveis á mal que

Tomar el Bearn era hacerse vecino de Montluc y de los católicos de Guyena, darles audacia y asegurarse un pretexto de intervencion en Francia por las inevitables querellas de las fronteras. Sólo que Juana de Albret, que ejercía la soberanía desde que su marido, Antonio de Borbon, pereciera en el sitio de Ruan (1), era muy avisada para dejarse arrastrar como él á engañosas tentaciones. El agente que habia sido útil á Felipe II para mecer á Antonio de Borbon en las más quiméricas esperanzas, el favorito Escars, comprendió que su papel habia acabado; se dió prisa en reclamar el salario tan luégo como murió su amo y en hacer valer para con Felipe los servicios que habia prestado para el sostenimiento de la religion (2).

Felipe II imaginó un procedimiento más pronto para desposeer á Juana de Albret, y fué hacer de modo que se la citara por un monitorio del papa Pio IV ante el tribunal del Santo Oficio (3). Pero la jóven viuda obtuvo inmediatamente la proteccion de Catalina: habia hallado el medio de agradar á esta mujer dominante prodigándole las frases de la más humilde adulacion: «Vuestros beneficios, escribía Juana de Albret á Catalina, me obligan á besar la tierra que pisáis (4);» ó bien, cuando esta le pedía una entrevista, sabia expresar su solicitud en acudir diciendo: «Adonde quiera que esteis irá á besaros los piés (5).» Comprendía que su único enemigo era Felipe y que el único adversario de Felipe era Catalina. Esta dijo al Padre Santo, por medio de nuestro embajador Oysel, que Juana se quejaba con mucha razon de lo que Felipe habia hecho con el reino de Navarra, por lo cual le rogaba proveyera lo necesario para que esto no pasara adelante, porque la amaba tanto que estaba resuelta á defenderla á toda costa contra todo el que quisiera perjudicarla (6).

Ante actitud tan firme se negó el Papa á servir los deseos de Felipe y entónces se propuso

no os haya visto, porque la reina de Navarra siempre anda diciéndole á la reina, que quiero hacer traicion al rey mi señor en bien del rey de España. Y aunque la reina no le da crédito y sabe todo lo contrario, sin embargo, no quiero hacerme sospechoso á los malvados. Si hay cosa de por acá que deseéis, no omitiré nada para enviársela.»

(1) Sobre las heridas de Antonio de Borbon y el sitio de Ruan, véase la correspondencia de Chantonay, Arch. nac. K. 1500, cartas desde el 24 y 26 de octubre, 1.º y 9 de noviembre de 1562.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1500, Escars á Felipe II, 1.º enero 1563.

(3) Este monitorio del 28 de setiembre de 1563, está publicado en las *Memorias de Condé*, tom. IV, pág. 669.

(4) Ms. Bibl. imp. San Petersburgo. Extracto dado por H. de la Ferriere. *Dos años de mision*, pág. 35.

(5) *Ibid.* pág. 36, vol. LIII de los autógrafos.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. f. Saint Germain, vol. 689, 8, pág. 137; *Instrucciones* de Antonio de Gramont á Oysel, del 23 set. 1563.

y aprobó un procedimiento mucho más equitativo. Se trataba de secuestrar á Juana de Albret en uno de sus viajes y conducirla á España, donde la Santa Inquisicion la convenciera de herejía y la condenara á la hoguera. Un aventurero vasco, el capitán Domingo, fué enviado á Madrid por los católicos de Guyena, á fin de recibir instrucciones de Felipe II y preparar este fácil golpe de mano (7); sino que Felipe no supo ejecutar con la rapidez necesaria lo que acababa de decidir, y deja á Domingo esperando instrucciones en Madrid, donde se aburre y entra en relaciones con un paisano suyo, Anis Vespier, bordador de la reina Isabel, con el que se jacta de su comision. Luégo al punto se avisa de ello á nuestro embajador Saint Sulpice, que lo vigila sin perderlo de vista ni en Monzon, adonde Felipe le hace ir; sabe exactamente el momento de su llegada y la casa en que se oculta; sabe muy luégo que Felipe, aquel príncipe inaccesible y orgulloso, ha recibido dos noches en secreto al capitán de ladrones y le ha animado en su empeño, habiendo asistido á estas singulares audiencias el príncipe de Eboli. «Ayer, dice el espía, salió ántes de amanecer el capitán Domingo (8).» Un complot tan largamente preparado, y perseguido tan hábilmente, no podia tener muchas probabilidades de éxito: el aventurero fué preso al pasar la frontera y no se supo más de él. Este servicio prestado á Juana de Albret puede explicar las exageraciones de los términos con que expresara á Catalina que la consideraba como su ama y señora, á quien serviría siempre con la firme voluntad de ser su humildísima criada (9).

IX.—Proyectos de matrimonio

A la vez que defendía á Juana de Albret, continuaba Catalina combatiendo á María Estuardo y multiplicaba los obstáculos en el asunto de su casamiento con Don Carlos. Habia notado cuán importunas eran para Felipe II estas negociaciones de matrimonio y cuán oportunas eran para desviarlo de los negocios de Francia. No acababa de comprender Catalina la mala voluntad del rey en este asunto; pero sabia traerlo á colacion con astucia cada y cuando

(7) Villeroy, *Memorias*, Llorente, *Historia de la Inquisicion*, tomo III, pág. 15, Marqués du Prat, *Hist. d'Elisabeth*, pág. 276. Pero las indicaciones más precisas se hallan en la correspondencia de Saint Sulpice.

(8) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 34, Saint Sulpice á la reina, 25 noviembre 1563.

(9) Ms. Bibl. imp. San Petersburgo, vol. LIII, fol. 10. Extracto de H. de la Ferriere.